

RINCON LITERARIO

Romancero de la guerra civil española SU OBRA

Por Abel Dobles Ch.

Las cuentas del buen fascista

Mil duros más; diez mil duros estos días pongo en juego; por Dios y por el fascismo, mis cortijos, mi dinero. Mis hijos ya marchan todos con las pistolas al fuego. Delante los Regulares, los moros y los del Tercio; detrás, la Falange entera, con todo el cuidado puesto en que nadie pueda linir a unirse con los del pueblo. Si Franco quiere fortuna aquí tiene cuanto tengo. Mil duros van, diez mil duros; mi capital va completo. El cura dió todo el fruto de las colectas del templo; yo, por Dios y por España, a dar todo estoy dispuesto. Si Hitler tiene aviones, si Mussolini armamento, si Portugal se nos vende pagándose a buen precio, Franco, Mola y Cabanellas, tendrán constante dinero. No debe faltarnos nada,



que el oro corra ligero en armas para los vivos y en misas para los muertos. Ya cuando las elecciones pagué votos a buen precio; ahora, para ametrallar, al rojo y al rojinegro daré toda mi cartera, escurriré mi chaleco. Que no nos falten fusiles, que vengan tanques guerreros, miles de ametralladoras, los cañones ciento a ciento, que los "capronis" de Italia, nos presten todos sus cuernos. El Santo Padre de Roma por radio está prometiendo quinientos días de indulgencia por cada rojo en el suelo. ¡Santiago y cierra España! Ahora la estamos abriendo. ¡Viva Mola y Cristo Rey! ¡Viva el fascismo extranjero! Por Dios y por el fascismo, cuanto soy y cuanto tengo.

ANTONIO APARICIO

EL OLIVAR

El olivar encendido de brasas, nadie lo apaga. No lo apagarán las lluvias, ni la nieve, ni la escarcha, que cinco mozos ardieron de gasolina y quedaron cinco estrellas de venganza atadas a los olivos como sefieras de plata. ¡Ay, olivar, olivito! ¿Quién vareará tus ramas? ¿Quién cogerá la aceituna

de la tierra colorada? Que cinco mozos ardieron con las manos hechas asenas. Señoritos los quemaron defendidos por los guardias, esos que tienen cortijos con ganaderías bravas. Los quemaron entre alegre repicar de carcajadas. El cura, en el campanario, echó a vuelo las campanas. ¡Ay, olivar, olivito!

¿Quién te vareó las ramas que no puso entre tus hojas un puñado de metralla? El olivar, encendido de brasas, nadie lo apaga. No lo apagarán las lluvias, ni la nieve, ni la escarcha, que el fuego de los olivos ha prendido en toda España?

RAFAEL BELTRAN LOGROÑO

Luisa González comenta su destitución

Tomado de «Diario de Costa Rica»

Para los vecinos amigos de la escuela OMAR DENGO, para las personas generosas que contribuyeron con su esfuerzo a levantar el primer pabellón del edificio y para todos los maestros del país, escribo lo siguiente inspirado en mis más nobles sentimientos de maestra que quisiera hacer llegar hasta la más lejana escuela, porque llevan mis palabras en esta ocasión el grito de protesta contra las autoridades de Educación Pública que están ayudando a complacer, por medio de la ESCUELA, mezquinos intereses políticos y a mantener los privilegios de la gente de plata.

Desde hace cuatro años he venido sirviendo la dirección de la Escuela OMAR DENGO, construida por contribución particular de muchos costarricenses y extranjeros que quisieron secundar mi iniciativa. Mi trabajo durante todo este tiempo ha merecido siempre de mis jefes la calificación de EXCELENTE. Ellos han reconocido la eficiencia de la labor que he realizado en cooperación con las maestras y vecinos de la escuela. Hace apenas

un mes recibí el último expediente que de nuevo califica mi trabajo del año próximo pasado como EXCELENTE, firmado por el Jefe Técnico don Marco Tulio Salazar, el Inspector de Escuelas don Amado Naranjo y el Visitador Escolar don Carlos Mora. Este reconocimiento de mi labor me produjo íntima satisfacción y para el presente curso lectivo preparaba nuevos planes de trabajo. El viernes 19 de febrero me llamó el Sr. Inspector de Escuelas don Amado Naranjo para comunicarme con los más dulces y suaves registros de su voz, que yo estaba destituida de mi puesto de directora de la Escuela Omar Dengo. El sumiso Inspector de Escuelas, el mismo que acaba de calificarme con EXCELENTE acató dócilmente esta disposición que dijo venía de las alturas amarrada quien sabe con qué hilos misteriosos. El buen funcionario se ha amparado al pobre refrán de que el que es mandado no es culpado y aparenta desconocer las causas que motivaban mi destitución. Al reclamar yo ante el

Jefe Administrativo, ante el señor Ministro y ante el Sr. Presidente de la República, me contestaron como las razones de mi separación de mi puesto de Directora; "Ud. es comunista y la actual política del Gobierno es contraria a esas ideas. Contra Ud. no hay ningún cargo, ninguna queja en cuanto a su labor docente y reconocemos la excelencia de su trabajo, pero la norma y orientación de este gobierno es francamente anticomunista. Cumplimos pues las promesas que hicimos al pueblo en nuestra campaña política".

Pedí a estos señores que señalaran un solo hecho que hubiese perjudicado los intereses de la escuela y que fuera contra la democracia dentro de la cual el Gobierno del Sr. Cortés afirma que se mueve, y ninguno de ellos pudo formular ningún cargo concreto. Como estas autoridades han declarado que se me echa de la escuela por ser yo una maestra comunista, y esta razón puede servir para que en la opinión pública—en la que existe tanta ignorancia y prejuicio Pasa a la cuarta página

Santiago Brito era un hombre de treinta y dos años, alto, fuerte, de buena apariencia y de un corazón de niño: bondadoso como nadie, pero rebelde, de pasta de luchador, mecánico competentísimo.

De sangre y nacionalidad venezolana había ingresado al país, huyendo de la persecución policiaca, a causa de sus luchas por derribar la tiranía. Y amaba a una campesina, que tenía un año más de edad que él, pero que aún estaba lozana, robusta, guapa, y cuyos padres la cuidaban demasiado, por ser la única hija, hacendosa y cariñosa a la vez. Ricos hacendados eran los progenitores de la novia, cuya casa campestre parecía un biombo chino o un decorado de teatro, a la orilla de la polvorienta carretera que conducía al pueblecito de San Blas, habitado por campesinos sencillos.

Habían dispuesto casarse, y aunque los padres de Eugenia—que así se llamaba la prometida—se habían percatado de las virtudes y cualidades de Santiago, a regañadientes dijeron el "sí," cuando éste pidió la mano de la campesina de sus amores. Pero una noche, ante el claror de la luna, que teñía de plata los techos de las casas de las aldeas y los valles y campiñas estaban untados de luz, cuando trataban del pasado del novio, éste mostró a Eugenia algunos recortes de periódicos, fotografías de sus familiares fallecidos y sin darse cuenta dejó caer una tarjeta con leyendas rojas y unas firmas. Trató de recogerla pronto, pero como Eugenia estuvo más lista, fué ella quien hizo que la tarjeta pasara a sus manos y al contemplarla, preguntó alarmada: «¿Y esta tarjeta, Santiago, qué significa?»

El novio quedó enmudecido. Sabía que esa tarjeta lo perdería para siempre, lo hundiría ante la mujer que quería, si ésta no lo amaba realmente y lo ponía en peligro de ser repatriado a Venezuela.

Y ante esa actitud, ante esa pausa infernal, en ese minuto solemne, leyó Eugenia el contenido de la tarjeta y bruscamente se levantó de su silla. «Tome Ud. esta tarjeta, y no vuelva nunca a esta casa, en donde se aborrece de muerte a los comunistas. Esa tarjeta es un carnet del Partido de su país y no voy yo a ser la esposa de un comunista».

Una rayeña estruendosa invadió la mente de Brito. Las explicaciones que pensó dar se esfumaron como nubes de verano en el espacio infinito de su alma, al notar que ese era motivo para que Eugenia no se casara con él. Y se convenció de que el alma de esa mujer, bella todavía a su edad, estaba sujeto a condiciones.

Es decir, que no le amaba. Un minuto después, cabizbajo y contrito, Santiago atravesaba el portón de la hacienda de la casa aquella, en la que habían muchas estampas e imágenes de Santos.

Semanas después, Santiago Brito era llevado al muelle, en medio de dos sergentos. En el ferrocarril, donde ganaba un elevado sueldo, lo habían despedido. Mientras tanto, a la denunciante, a la novia fanática e inexorable, le llovieron felicitaciones del Político, del Cura, del Sacristán, del Ministro, de todo el mundo... Y Santiago Brito salió con rumbo a Venezuela, con el alma rota y goteando sangre el corazón!

Han pasado cerca de 30 años de esos hechos. En la casa de Eugenia, donde había un jardín antes, hay ahora una huerta floreciente y refrescante. Dentro de ella, una viejecita de pelo blanqueado por el tiempo, hace crochet, auxiliada por sus gafas y acurrucada en un sillón ancho y vetusto. Han llamado a la puerta. El perro de melena negra ha ladrado como azorado por algún temor. Una hija de Eugenia, la viejecita, corre y abre, regañando al perro que quisiera morder a quien llamó. «¿Qué desea, Ud., buen hombre? preguntó la niña.

«Vengo, le dice un anciano encorvado y enflaquecido, de aquellas montañas de Santa Inés y tengo hambre. No podría Ud. darme una tacita de café y un bocadillo tal vez?»

«Pase adelante», respondió la niña con dulzura.

Y el portinero entró, apoyado en su bordon de cocobolo, rugoso y demacrado el rostro y la cabellera desgreñada. «Buenos días, buena señora, dijo a Eugenia. «Buenos días», señor, repuso la viejecita, al instante.

Hubo una pausa. La niña se internó en la cocina.

Eugenia casó, después del destierro de Santiago, con un boticario, que murió dejando aquella hija. Era, pues, viuda y huérfana, pues sus padres fallecieron también, pero siempre la dejaron como ellos: beata, con una beatitud negra, diabólica, sombría. Y fué por eso que denunció al Gobierno, por medio del Político, que el extranjero Brito era comunista. Y... cuántas cadenas y sufrimientos y gritos y torturas sufrió Santiago por esa delación de Eugenia!

La niña volvió con un pan, un vaso de leche y un plato de arroz, que rogó el mendigo, cuya hambre se reflejaba en sus párpados azulados y dolientes! El perro miraba con insistencia al desconocido y a la anciana que hacía la pañoleta. La anciana preguntó al recién llegado: «¿Viene usted de muy lejos?» «De muy lejos señora—contestó el mendigo. Tengo los pies inflamados y al fin, tantas penalidades!... En eso, dos lágrimas luchaban por salir de sus pupilas que miraron otrora las trías paredes del presidio en que estuvo tantos años preso en Venezuela. La anciana se quedó mirándolo fijamente... largamente... y luego, levantándose... dejó caer la pañuelita que estaba terminando, sobre la cual cayeron las lágrimas del mendigo, quien, presurosamente, la recogió del piso y al entregarla a Eugenia, dijo entre sollozos: «Esta, señora, es su obra. Tomela Ud. Y muchas gracias.» El perro de melena negra, lanzó un aullido agudo. La niña y Eugenia se miraron, sin decirse nada: el anciano, lloroso, salió de la casa campesina. Sonó de nuevo el ruido de una puerta que se cierra... Era Santiago.

Y detrás de la cresta del cerro de Santa Inés, se ocultó el sol!

San José, Febrero 6 1937

Por la libertad de Luis Carlos Prestes

Estamos en espera de noticias del juicio seguido contra el gran líder brasileño Luis Carlos Prestes, contra Arturo Ewert, ex-diputado del Congreso alemán y otros por el levantamiento ocurrido en aquel país en noviembre de 1935.

De los Estados Unidos se han enviado al Presidente Getulio Vargas del Brasil, esbiles firmados por personalidades destacadas de ese país, protestando por la prisión de Prestes y de sus compañeros y abogando por su libertad. Entre estas personas están: editores de THE NATION, de THE NEW REPUBLIC, Upton Sinclair, el Dr. John Haynes Holmes, Teodoro Drei-

ser, Carleton Beals, varios escritores y pintores de fama, el diputado Vito Marcantonio, varios universitarios, etc.

El Comité Mundial dirigido por André Malraux, Norman Angel, Heinrich Mann, Sherwood Anderson y John dos Passos ha publicado el siguiente llamamiento de Romain Rolland:

«La amenaza de muerte que pende sobre Carlos Prestes llena de angustia y rebeldía nuestro corazón. El dictador brasileño piensa que con el dinero de sus amos del capitalismo europeo y americano y con la compra del silencio de una prensa cómplice, ellos pueden sa-

Pasa a la sexta página